En tu honor, padre nuestro

Jaime Jaramillo Panesso

Viniste al mundo en cualquier lugar de la tierra, sin genes reconocidos y madre turbadora. Te pusieron escarpines de caramelo y botines de pájaro macuá. En un barco y en un tren te dieron el primer paseo de revueltas y vueltas con papel sellado en puertos hambreados de costas acostadas por emigrantes aturdidos. También en estaciones ferroviarias apestadas por viejas camanduleras y cortadores de reses que limitaban al norte con sus cuernos sonoros y al sur con el cagajón de los impuestos arancelarios, es decir, con los funcionarios del ministerio de la ganadería gananciosa. Pobre Gardelito, de pobreza declarada en el formulario de ingreso al país de las maravillas payadoras. Pobre payador en ciernes con ojos despabilados y uñas listas para sobrevivir en aquellas calles del Abasto, cruzadas por los cuchillos del coraje sin Borges, pero con tranvías granates cuyos conductores cubrían sus cabezas y mostachos con garras politécnicas y grapa azucarada sin marca conocida.

De chiquilín te llamaron el morocho porque pintada la piel tenías de leve carbonadura, de tinte especial y resistencia al trasnoche, al uso nocherniego del espacio que abandona la luz de un sol calavera, ese que ausenta sus labores de sereno enfarolado y se va a la cueva del silencio mientras los musicantes y filoalcohólicos parlotean sobre el costo de una matriz guitarrera o el alquiler de un útero platónico. Un día te caíste en un cesto de notas musicales y nadaste hasta la orilla de un tango dejándote el alma herida y espina en el corazón. De ahí en adelante la voz adquirió el timbre de lirio vagabundo y de una cornucopia profunda. Dura fue la dura partida en trasatlánticos que traían al puerto su carga marinera de cuplés ensartados en gallegos y castellanos, de tanos levantiscos y lombardos dedos largos. Te arrellenaste en un camarote de cuarta clase subacuática hasta llegar a la catalana rampa de un puerto que te indicó el camino a un Paris anclao en las piernas bailarinas de tus paisanos de aventuras. Te transformaste en señor de las señoras, en Carlitos el aventajado alumno de la bacanería, quien puso glostora en la testa, en la testadura de la campana laica cuya cresta de cobre y linaza tuvo fuerza para impulsar tu personaje soñado por vos que eras vos mismo, francesito gladiador y germen de la orilla oriental de un río patriótico y simplificado en una palabra: plata. Pero la plata se te convirtió en vento, ventolín y guita. Por tus dedos rodaron otros dedos salutatorios de príncipes rusos, barones japoneses, condesitas sin herencias, herederas con testamentos ológrafos como el tuyo al final de tus dolores apócrifos.

Por tu pinta pasó el ventarrón de la fama. Cantabas como colonizador de notas puestas a tu servicio en una garganta dentada de sonidos que alcanzaron tu boca. No llegó el vino a mojar tu afinación ni el humo a empañar la risa coqueta. Hiciste del cine una radiola ambulante y extensa que cubrió media humanidad parlante. De la radio, a cambio, un calibrado mensaje para que los zapateros y los policías, los fabricantes de ropa, las obreras de las trilladora de café y los empleados judiciales asistieran al cine que se proyectaba en las paredes de los barrios. Entonces la muchedumbre embrujada en tu tanguedad perfumada de leperismo fino, pedía a gritos que se repitiera la escena donde cantabas volver con la frente marchita, cuando tú no estás.

Cierto de toda certeza es que viniste a Medellín, que quedaste anudado al cuello estirado de las margaritas y girasoles antes que un avión con latas encendidas, tan incendiadas como su motor con gasolina, batiera las alas de tu canción en un junio partitivo y partero de tu mito, de tu ascenso a la estatua que cada día canta mejor. No sabemos si estás cansado de tanto impostar la voz maga de un mago, de un mudo que en cada canción nos enseña que los hombres sobre la tierra suelen ser ángeles que soplan canciones para siempre vivas. Que así sean.

(En homenaje a los gardelianos cuya Asociación cumple 40 años)